

Sobre el porvenir de España

JAVIER PARDO DE SANTAYANA *

N

o creo que sea preciso aducir mi condición de militar para justificar mi preocupación por el porvenir de España, ya que lo adivino compartido por cualquier ciudadano que ejercite su capacidad de observación, posea un mínimo espíritu crítico y disfrute de un espíritu libre de sectarismo. Pero cuanto mayor es una preocupación mayor es la necesidad de acudir a la esperanza. Y mi esperanza se aferra a que los intelectuales y cuantos se rebelan ante un estado de permanente agresión al sentido común hagan oír su voz con más fuerza y mayor constancia.

Mi esperanza también intenta apoyarse en algunas consideraciones sencillas pero fundamentales: en algunos “bastaría con...”. Así, por ejemplo, me parece que debiéramos asumir la modernidad en algunos aspectos en los que aún somos deficitarios. Porque España es un país complejo, y en esto está a tono con los signos de los tiempos, pero en ella se ha extendido un aldeanismo que no concuerda con la solución que aplica el hombre de hoy al problema de la complejidad. Esta solución no consiste en simplificarla, sino en gestionarla asumiendo el principio de la compatibilidad. Nada será excluido; todo será aceptado. De acuerdo con este principio, los afectos y las lealtades se insertarán en un esquema de círculos concéntricos, y el amor al propio barrio será plenamente compatible con la conciencia y la satisfacción de considerarse ciudadano del mundo.

Por eso deberían caer en el descrédito la mayor parte de las actuales confrontaciones sobre el ser nacional y, con ello, crearse un ambiente social menos propicio a la polémica, elevada en España a la categoría de valor en una interpretación a la vez curiosa, perturbadora e incluso ridícula de lo que es el sano debate democrático.

Pero la defensa del principio de compatibilidad de los afectos y las lealtades debe ir acompañada de una prevención bien argumentada sobre la indiferencia

* Teniente General en la Reserva

moral a que nos aboca una modernidad mal entendida precisamente en el aspecto de la compatibilidad asumida. Lo cual nos introduce en un tema que evidentemente merece una especial atención por parte del mundo intelectual: la denuncia del nihilismo que está debilitando a la sociedad española y privándola de convicciones. Se trata de un pensamiento fragmentario que carece de visión moral, y al que perturba la verdadera búsqueda de la verdad. Para el pensamiento nihilista cualquier compromiso resulta molesto.

Sería preciso exponer también la falta de madurez de algunas de las actitudes con las que la clase política asume nuestro futuro, y que se concreta, por ejemplo, en el adanismo, que nos lleva a empezar muchas cosas sin terminar ninguna y, sobre todo, a pretender que se admita como principio que el cambio es bueno en sí, cualesquiera que sean sus circunstancias. En realidad, el adanismo y el lema del “cambio por el cambio” no son sino poses políticas que luego se venden como principios inmutables y que nos sumergen en una experimentación continua y muchas veces destructiva.

Tampoco vendría mal que se alzaran algunas voces para criticar esa cierta versión de la modernidad por la que se supone que ésta es una especie de vendaval que pone todo patas arriba y arranca incluso las raíces. A poco que se haya viajado, se habrá podido observar que Europa —proyecto por excelencia de modernidad y progreso— no es eso. Europa no tiene sentido sin su acervo, sin su tradición, sin sus claves más profundas.

Y no debiera quedar fuera del temario de nuestros intelectuales el desmontaje del mito de lo “políticamente correcto” como fórmula sustitutiva de la lógica y del sentido común. Si este mito llegara a eliminarse, la razón experimentaría un considerable avance y todos nos veríamos liberados de una onerosa constricción y de una fuente de temores soterrados. Sobre todo, evitaría que sintiésemos la desagradable sensación de ser tratados como si fuéramos tontos. Aquí sí que es de aplicación exacta aquello de que “la verdad os hará libres”... ¡Y cuán frecuentemente nos hace recordar el viejo cuento de “El traje nuevo del Emperador”!

También conviene insistir en la recuperación de la Historia de España. Mucho se habla de “los países de nuestro entorno”. Pues bien, así como para éstos su Historia es como el vino, que gana con los años, se diría que para nosotros la Historia de España es más bien como la fruta, es decir, algo que se pudre con el tiempo. Y, realmente, resulta llamativo que esto ocurra, pues conviene recordar el currículo que nuestra nación ofrece: la defensa de los límites de la Europa de raíces greco-romanas y cristianas, y la posterior proyección de su cultura sobre el Nuevo Mundo.

Tampoco vendría mal recordar que, si bien conviene contemplar la diversidad como un valor aprovechable, no debe ser hasta el punto, ya excesivo, de alimentar conscientemente las diferencias por medio del enfrentamiento. Si Europa tiene un valor cierto, éste es el de la unidad en la diversidad, siguiendo una tendencia que bien podemos inscribir entre los signos de nuestro tiempo. Por eso todo acento cainita o revanchista debe ser interpretado como algo

anacrónico, y no como algo que, por ser producto del juego democrático, hubiéramos de aceptar o incluso aplaudir como precio de nuestra libertad.

También me parecería oportuno que nuestros intelectuales siguieran proclamando, quizá con mayor fuerza aún, la importancia de la educación. Es ésta un filón todavía sin explotar debidamente a la hora de impulsar a España hacia la modernidad y el progreso. Algunos de los vicios de nuestra sociedad, como el adanismo y la proliferación de las actitudes cainitas, están abortando una posibilidad inmensa de perfeccionamiento basada en la potenciación de la formación de nuestros jóvenes, a quienes hemos de transmitir la idea de que la práctica de las virtudes es la única forma de que el conocimiento se vea orientado por unos valores que, cuando son despreciados por la sociedad, conducen a ésta a su deterioro y su inexorable declive.

Indudablemente podrían aportarse muchas más sugerencias para permitir y alentar en España un futuro que ahora vemos oscurecido por las sombras, más allá de la mayor o menor bonanza económica de la que todavía disfrutamos, pero, para acabar, no me resisto a señalar una que me parece fundamental ya que estoy refiriéndome esencialmente al campo del pensamiento. Esta sugerencia consiste en hacer el esfuerzo necesario para salir del estado que don Julián Marías define como de “instalación en la mentira”. Ya me he referido a la tiranía de “lo políticamente correcto”, pero ahora voy a algo más profundo. Nuestra sociedad ha sido acostumbrada a comportarse, incluso en el campo de las ideas, según los estímulos de la publicidad y del “marketing”, es decir, reaccionando a partir de un discurso diseñado para desencadenar mecanismos psicológicos. No importa el fondo, ni siquiera la forma en sus aspectos morales o estéticos: simplemente importa la eficacia del mecanismo en orden a obtener unos resultados guiados por el interés político, casi siempre sectario puesto que la prioridad se centra en la consecución de unos votos. Nada es lo que parece, nada es permanente; todo es efímero, efectista, petardeante. Estimo que este insulto permanente a la razón, esta permanente agresión intelectual, debiera ser denunciada con mayor autoridad desde el campo del pensamiento no sectario.

Quiero señalar que el efecto de todo este esfuerzo intelectual que reclamo, de esta voz fuerte y clara guiada por la buena intención y el sentido común que yo deseo desde la esperanza, encontraría un horizonte abierto a un futuro esplendoroso. Porque debemos ser conscientes de que pertenecer a un gran país como España es un privilegio y nunca debiera ser una tragedia. Y estamos viviendo un momento propicio, una ocasión histórica para situar a España en el puesto que le corresponde por su historia, su cultura, y su capacidad humana y material.

También debemos ser conscientes de nuestra positiva y reciente experiencia. Y aquí entra un importante factor psicológico: las dudas sobre nuestra propia identidad y el retorno a la división entre nosotros cuando creíamos haber superado la mayor parte de nuestros problemas de convivencia; la pérdida de algunos de nuestros valores más sólidos y el regreso a los bandazos en algunos de los temas esenciales, cuando habíamos ya experimentado una situación de mayor consenso, son factores que pudieran sumirnos en la

decepción. Y sin embargo, ¿tan difícil es recuperar el espíritu de consenso en lo fundamental, restablecer el sentido común y hablar con la verdad, poner a las minorías en su sitio, compaginar la flexibilidad con la firmeza, ser fieles a nosotros mismos y al mismo tiempo desterrar algunos de nuestros vicios más perturbadores?

Ortega nos propuso un proyecto sugestivo de vida en común, y ahora lo tenemos al alcance de la mano. En realidad este proyecto nunca estuvo más cerca, nunca fue tan posible como ahora que pertenecemos también a otros proyectos fascinantes como el europeo o el de la propia comunidad euroatlántica, ahora que somos capaces de proyectarnos hacia el mundo de diversas y eficaces formas con capacidad de presencia y con posibilidad de influir.

Así pues, formemos a nuestros jóvenes en el respeto, en el rigor en el trabajo y en el valor del esfuerzo personal, pertrechémosles de convicciones y de rectitud moral, y enseñémosles nuestra Historia; desechemos definitivamente nuestros complejos, frecuentemente inducidos por nosotros mismos; evitemos el papanatismo y hagamos valer nuestros intereses nacionales; eliminemos los rozamientos que frenan la proyección de España hacia sus nuevas fronteras de presencia y posición internacional; aprovechemos nuestro brillante acervo cultural y geopolítico; dejémonos de juegos florales y pequeñas astucias sectarias; denunciemos las maniobras destructivas; evitemos la política de campanario y abrámonos a la modernidad. Y no nos dejemos enredar en falsos debates en los que se nos obliga a explicar lo evidente. No permitamos que nos traten como si fuéramos estúpidos.

Ha llegado la hora de que los intelectuales, y cuantos tengan capacidad de influencia en el campo de las ideas, asuman definitivamente su responsabilidad.